

FRANCESC MIRALLES

RETURUM

CUANDO ESTUVIMOS MUERTOS

laGalerajuven

Primera edición: marzo de 2010
Primera edición en esta colección: septiembre de 2014

Ilustración de cubierta e interiores: Berto Martínez
excepto ilustración de la pág. 71, Franzi Rosés
Diseño de cubierta e interior: MBC

www.francescmiralles.com

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Francesc Miralles, 2010, por el texto
© Berto Martínez, 2010, por las ilustraciones
© Franzi Rosés, 2010, por la ilustración de la pág. 71
Textos citados, © sus respectivos autores
© La Galera, SAU Editorial, 2010
por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Reinbook Impres s.l
Av. Barcelona 260 - Pol. Ind. el Pla
08750 Molins de Rei

Depósito legal: B-18449-2014
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5472-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

PRIMERA PARTE

PALIDEZ



ANILLOS CUADRADOS

*«El peor y más secreto de mis enemigos
es ahora mi compañero sombrío.»*

MARY ELISABETH COLERIDGE

La muerte de mi hermano fue también el fin de mi existencia tal como la había conocido hasta entonces.

Aunque mis padres se esforzaron en aparentar que la vida continuaba, al volver del hospital –quince días inmovilizado y sólo tres huesos partidos–, un silencio intolerable se había apoderado de la casa. Para aplacarlo, mi padre compró un televisor de plasma que ocupaba media pared del salón.

Todo el día estaba encendido. Daba igual lo que echaran: fútbol, películas, magazines de entretenimiento. Mi padre siempre estaba delante, prisionero de un limbo de dolor e incomprensión.

Le habían dado la baja. Se sentía culpable por haber dejado aquella arma mortífera en mis manos, aunque yo me sabía el único responsable y ejecutor de la tragedia. Ya no deseaba nada del mundo y funcionaba por pura inercia. Iba a la escuela y volvía. Nada más. Me había convertido en un muerto viviente.

Por su parte, mi madre no lograba ocultar su resentimiento hacia nosotros. Julián era su tesoro, su único aliciente en una vida con pocos alicientes. La mirada severa que nos dirigía hablaba por sí sola: nunca habría perdón.

Cuatro meses después de la catástrofe, nos dejó. Se fue a vivir con su hermana en Estados Unidos. Necesitaba alejarse una temporada de todo, ésa fue su explicación.

Mi padre no pareció resentirse de aquel nuevo golpe. Siguió hipnotizado ante la gran pantalla, con la única diferencia de que ahora se ausentaba del sillón ocho horas al día para ir al trabajo.

Aunque apenas charlábamos, empecé a cuidar de él porque me sentía culpable. Preparaba platos precocinados, hacía el café por la mañana, aireaba la casa antes de ir a la escuela. Me había convertido en una especie de Bella Swan,³ pero ni siquiera tenía un vampiro que me amara.

Nunca hablábamos de Julián.

Lo único positivo de aquella desgracia fue que cambió mi visión de los lugareños. En los meses que siguieron a la catástrofe, todo el mundo me trató con extrema amabilidad. Al parecer, aquel tipo de cosas pasaban a menudo en Teià, y la gente estaba sensibilizada.

Un triste consuelo.

Compañeros de clase que me habían ignorado de repente me invitaban a entrar en su equipo de fútbol o baloncesto. La mejor estudiante de la escuela, que también era la más guapa, se ofreció a compartir conmigo sus apuntes para que me pusiera al día.

Yo les daba las gracias pero rehusaba cualquier ayuda. Me estaba acostumbrando al silencio de casa —el murmullo de la tele era otra variante del silencio—, a pasear solo por los campos que rodeaban el pequeño núcleo urbano de Teià.

Me gustaba especialmente el camino del cementerio. Subía la cuesta casi cada día. Cuando miraba el mar inabarcable, me invadía cierta sensación de calma. Si la verja de hierro estaba abierta, me paseaba entre las calles de nichos con total serenidad.

³ Protagonista de la serie *Crepúsculo* de Stephenie Meyer.

«Un día seré uno de vosotros», me decía.

Y aquella idea no me daba ningún miedo. Porque yo ya estaba muerto en vida. Lo de ser incinerado y enterrado era sólo un trámite.

Con el tiempo, la gente se acostumbró a mi nueva forma de ser y me dejó en paz. En el instituto no me relacionaba con nadie e interactuaba sólo cuando era imprescindible.

Cuando no estudiaba, pasaba el tiempo escuchando música clásica y leyendo a los románticos ingleses. Me gustaban los poemas de amor imposible, las novelas góticas, las visiones de ultratumba de mentes atormentadas que me hablaban a través de los siglos.

Ellos se habían convertido en mis amigos y confidentes. Eran mi verdadera familia porque, como yo, habían vivido con los pies en este mundo y la cabeza en el otro.

Sólo muy de vez en cuando renunciaba a mis melancólicos paseos para visitar a Gerard, el artista del pueblo. Lo respetaba porque, a los cuarenta años, había tenido las agallas de abandonar su trabajo para perseguir el sueño de hacerse pintor.

Lo había logrado con el apoyo de su esposa. Desde entonces vivía a salto de mata con lo que sacaba de las exposiciones –tenía algunos protectores en Europa– y las clases de pintura en Teià.

Una vez que yo merodeaba por la Unión, el centro cultural del pueblo, Gerard interrumpió el taller de pintura para salir a preguntarme:

–¿Qué edad tienes ya?

–Dieciséis.

–Deberías hacer algo con tu vida. No puedes seguir vagando como un alma en pena.

Me encogí de hombros por toda respuesta. El pintor explicó entonces:

–Yo a tu edad empecé a trabajar en un taller de joyería. Aunque me dediqué a eso más de veinte años, no era lo mío. Me di cuenta cuando hice unos anillos de compromiso cuadrados para un cliente que me había pedido «algo distinto». Se armó una buena. Después de la bronca con mi jefe, hubo que fundir el oro para volver a hacer lo de siempre. Fue entonces cuando dije basta.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir. Varias mujeres del taller de pintura habían dejado sus lienzos y me observaban ahora a través del ventanal. En sus ojos podía leer la compasión.

Antes de regresar a la Unión, el artista concluyó:

–Si te prohíben los anillos cuadrados, busca un mundo propio donde sí puedas hacerlos.



LORD BYRON

*«El romanticismo es,
en esencia, el arte moderno:
es intimidad, espiritualidad,
color y aspiración del infinito.»*

CHARLES BAUDELAIRE

Dos meses después de haber recogido el guante negro —lo llevaba siempre en el bolsillo como un fetiche—, sucedió algo que daría una nueva vuelta de tuerca a mi vida.

Era febrero y, tras unos días de relativa bonanza, el frío y la nieve habían regresado a Teià. Aquel ambiente gélido y brumoso sintonizaba a las mil maravillas con mi estado de ánimo. Escapé del instituto una hora antes de que terminaran las clases para caminar bajo la luz dorada del crepúsculo.

Mi discreta huida no pasó desapercibida a Alba, mi compañera de pupitre. Había elegido sentarme con ella porque tenía la rara virtud de no hacer preguntas. Era una chica tranquila y sencilla. Estaba considerada la hippy de la clase: llevaba el pelo rubio recogido en una cola de caballo y vestía siempre jerséis anchos y tejanos. Olía a colonia a granel y tenía la letra más pulcra que jamás hubiera visto.

Por las miradas de reojo que me lanzaba de vez en cuando, había llegado a la conclusión de que yo le gustaba. Sin embargo, gracias a su discreción, nunca me había puesto en un aprieto. Eso me hacía valorarla más que a cualquier otro compañero de clase, pero no se podía decir que fuéramos amigos.

Aquella tarde, no obstante, al atravesar el pasillo del instituto en dirección a la salida, Alba salió tras de mí. Ya estaba abriendo la puerta cuando me dio alcance.

—¿No te quedas a inglés?

—Tengo cosas que hacer. Además, inglés es la única asignatura en la que voy sobrado.

Esa respuesta pareció bastarle. Aún así, se quedó junto a la puerta, como si quisiera ver qué dirección tomaba. Decidí intimídala con una pregunta:

—¿Necesitas algo de mí?

Alba se puso las gafas que aumentaban su mirada miope —tenía unos bonitos ojos azules—, antes de contestar insegura:

—Bueno, de hecho te quería proponer algo. Me refiero al concierto de la Palma. Es esta noche. ¿Te gustaría...? Quiero decir, ¿te parece bien que vayamos juntos?

No sabía de qué me estaba hablando. La Palma era el café donde se reunían mis compañeros de clase. Los jueves, como era el caso, se ponía a reventar.

—Pensaba que ya no se hacían conciertos ahí —dije para ganar tiempo—. ¿Quién toca?

—Una banda de Barcelona —repuso con un destello de entusiasmo en los ojos—. Hacen *powerpop* o algo así. Es a las once, entrada libre.

—Intentaré ir.

—Entonces yo también iré.

Tras decir eso, miró el reloj y salió corriendo pasillo adentro. Se notaba que estaba emocionada con el plan.

Enfilé la cuesta del cementerio con mala conciencia. Sabía perfectamente que no iba a acudir a la Palma aquella noche. Lo úl-

timo que deseaba era meterme en un bar lleno de humo y gente gritando. Por otra parte, no soportaba el pop y el rock.

¿Por qué le había mentido?

Unos copos de nieve casi transparentes, como plumas de ángel, empezaron a caer muy lentamente. Aminoré el paso para disfrutar de aquella sensación mientras ponía en mi i-Pod *Alina*, una delicada pieza de Arvo Pärt.

Llegué hasta las puertas del cementerio mecido por el lento acorde de piano sobre el que gemía un violoncello.

En un estado cercano al trance, me senté en uno de los escalones que llevaban a la verja del cementerio. Delante de mí, cuatro cipreses centenarios se erguían plateados por la nevada.

Ajeno al frío, me abroché el anorak hasta el cuello y saqué de mi bolsa una antología de poemas de Lord Byron. Más que los poemas en sí, me gustaba la biografía del autor en la introducción.

Cojo de nacimiento, Byron había descubierto el sexo a los nueve años con una institutriz escocesa que su madre había contratado para que le enseñara la Biblia. Tras una adolescencia llena de excesos y cambios de residencia, logró ingresar en la Universidad de Cambridge, donde causó sensación con sus trajes extravagantes y su alocado estilo de vida.

Una de sus provocaciones, por ejemplo, fue guardar un oso adulto en una institución donde estaban prohibidos incluso los animales domésticos.

Obligado a abandonar la universidad por falta de dinero, su azarosa vida le llevó a tener múltiples amantes y a participar en toda clase de revoluciones. Lord Byron moriría en Grecia, país al que había viajado para luchar por su independencia de los turcos. Había dicho:

*«Lo que llamamos muerte
es algo que hace llorar a los hombres;
y, sin embargo,
se pasan un tercio de la vida durmiendo.»*

Tras leer estas líneas, levanté la cabeza del libro para buscar el mar con la mirada. Para mi sorpresa, descubrí que tres figuras oscuras se interponían entre mí y el horizonte azul.

Llevaban tiempo observándome.



LOS FORASTEROS

*«A menudo olvidamos que también nosotros
somos extraños ante los ojos de los demás.»*

BILL MOYERS

Cualquier persona en mi situación se habría asustado, pero yo estaba demasiado sorprendido para saber lo que sentía. Mientras escuchaba *Alina* y leía a Lord Byron, aquellos tres habían subido la cuesta del cementerio. Ahora estaban ante mí y me miraban desafiantes.

Eran dos chicas y un chico, más o menos de mi edad. Vestían todos de negro y llevaban en la solapa una flor violeta. Sus labios estaban pintados del mismo color, y la palidez extrema de sus rostros revelaba que se habían puesto maquillaje blanco.

Mientras me levantaba, los contemplé sin demostrar el más mínimo temor. El chico era alto y desgarrado, con los cabellos morenos revueltos como si nunca usara peine. Una de las chicas tenía una melena corta teñida de rojo; su rostro ovalado y su nariz respingona hacían pensar en una dama de otra época.

Su compañera era de una belleza que intimidaba. En su rostro, encuadrado por una larga y sedosa melena negra, llameaban unos ojos grandes y oscuros como el carbón. Los labios carnosos dibujaban un contenido desprecio. Fue ella la primera en hablar. Su voz era suave pero imperiosa:

—Lárgate antes de que sea demasiado tarde. Y no se te ocurra decir a nadie que nos has visto o lo pagarás caro.

Sus compañeros secundaron aquellas palabras clavando su mirada en la mía.

En lugar de amedrentarme, sentí cómo la furia me colmaba como un volcán hasta entonces dormido. Por primera vez desde que me había instalado en Teià, me sentí como un lugareño dispuesto a defender su territorio.

—Largaos vosotros, payasos. Empecé a venir a este cementerio antes de que os saliera pelo en las piernas.

Aquello era una provocación en toda regla, y fue tomada por las chicas con una sonrisa de burla. La del pelo rojo me advirtió con voz ronca:

—Es peligroso ser insolente cuando no sabes quién tienes delante.

El larguirucho dio un paso adelante con la intención de intimidarme. Sólo tenía dos alternativas: o huía con el rabo entre las piernas o le atizaba primero. Opté por esta segunda opción.

Me abalancé sobre él con la intención de derribarlo, pero antes de que pudiera agarrarle, un dolor intenso en el costado me hizo caer al suelo. Una de aquellas brujas —la más guapa— acababa de patearme las costillas.

A gatas sobre la nieve, consideré la posibilidad de atrapar uno de los botines que me habían golpeado para derribar a la agresora. Luego me ocuparía de tumbar a los otros dos. Sin embargo, no me parecía elegante hacer daño a las chicas.

Aproveché que el de negro me tendía la mano —tal vez sólo quería levantarme— para tirar de él hasta hacerle caer sobre mí. Un segundo más tarde rodábamos sobre la nieve mientras nos disparábamos puñetazos cortos e imprecisos.

Mi oponente demostró ser más bien flojo, y supe que cuando entrara el primer gancho habría terminado el combate. Pero an-

tes de que eso sucediera, la morena de ojos negros me agarró con fuerza por el pelo hasta casi hacerme gritar.

–Si no sueltas a Robert, te hago saltar los dientes de una patada.

Liberé del abrazo a mi oponente, que ahora me tenía a su merced para arrearme un puñetazo a traición. Pero no hizo nada. Se limitó a mirarme con asombro.

Mi captora abrió entonces la mano y aterricé suavemente sobre la nieve. El otro se puso en pie y se limpió el largo abrigo negro.

–Eres un chico valiente –dijo la del pelo rojo mientras me incorporaba.

–Quizá un poco impulsivo –añadió la otra–, pero apunta buenas maneras. ¿Crees que serviría?

Las dos se cruzaron una mirada pícara. Luego soltaron una risita al unísono. Con aquellas caras pintadas de blanco, parecían payasos siniestros.

El que había rodado conmigo en la nieve las miró con cierta antipatía.

Cansado de no entender nada, me sacudí el polvo helado del anorak y declaré:

–Me largo. Pero porque me da la gana, que conste.

–Es una pena –dijo la vampiresa de la melena negra–. Empezábamos a disfrutar de tu compañía.

–Dejadlo en paz –intervino el tal Robert.

Las dos chicas me miraron fijamente. Parecían complacidas con mi desconcierto. Su respiración dibujaba un vaho de vapor que escapaba de sus labios.

–Mi nombre es Lorena –se presentó la del pelo rojo–, y esta salvaje se llama Alexia.

La belleza de la melena negra flexionó levemente la rodilla,

como una dama de la corte, y tendió su brazo para ofrecerme el reverso de la mano. Supuse que debía besarla, pero estaba demasiado enfadado para prestarme al juego, así que me limité a presentarme escuetamente.

—Cuatro es más divertido que tres, seríamos pares —volvió a hablar Lorena, que preguntó a su compañera—: ¿Crees que aguantaría toda una noche?

—Habrá que preguntárselo.

Justo entonces me di cuenta de que el larguirucho había desaparecido. Exploré con la mirada la placita de los cipreses, sobre los que ya había caído el atardecer. Luego el camino de bajada.

No estaba allí.

Aquella nueva sorpresa hizo que me quedara un rato paralizado, en lugar de marcharme de inmediato. Eso dio tiempo para que Alexia me preguntara con voz suave:

—¿Has dormido alguna vez en un cementerio?

Asombrado, negué con la cabeza.

De repente entendí dónde se había escondido el larguirucho.

Por si quedaba alguna duda, en aquel momento Lorena se dirigió hacia la tapia, que medía casi dos metros. Dio un pequeño brinco para agarrarse a la parte superior y, con un movimiento de gata, logró saltar al otro lado.

Estaba a solas con Alexia mientras la brisa helada zarandeaba los cipreses. Sus enormes ojos negros me escrutaron en la penumbra antes de decir:

—Ésa es la prueba. Si quieres ser de los nuestros tendrás que pasar una noche entera ahí dentro. Solo.

Dicho esto, se despidió levantando la mano y fue hacia el cementerio. Antes de saltar la tapia para reunirse con sus amigos, se

volvió un momento hacia mí para añadir:

–Siento haberte hecho daño.

–No ha sido nada.

–Te compensaré... si mañana pasas la prueba.

Me acerqué a ella mientras se colgaba sobre el muro. Antes de que se diera impulso hacia el otro lado, observé sus manos. La que me había ofrecido para que la besara lucía blanca como la luna. La otra estaba cubierta por un fino guante negro que cubría su piel hasta el codo.

